

YO NO SOY REVOLUCIONARIO

Las vidas de Dionisio Ridruejo

JUSTO SERNA

Jordi Gracia
*La vida rescatada de
Dionisio Ridruejo*
Anagrama, Barcelona, 2008.

“Considero incomprensible el despecho de este hombre que obra impulsado por ambiciones políticas no alcanzadas y por un sinfín de envidias y rivalidades políticas; eso prueba que jamás sintió de verdad los ideales de la Falange ni las teorías de José Antonio, modelo de patriota falangista”.

Francisco Franco Bahamonde
(Franco Salgado-Araujo, Francisco,
*Mis conversaciones privadas con
Franco*)

El proceso de maduración

Un hombre escuálido, canijo, de salud delicada, renuncia a sus adhesiones y a sus ideaciones, las que le daban fuerza y amparo; un enfermo coronario se enfrenta paulatinamente a un régimen dictatorial que él mismo apoyó; un propagandista achacoso prescinde de su oratoria inflamada y postiza para aceptarse como humilde poeta, como escritor libre; un falangista renuncia a la seguridad de su trinchera. Oficialmente, la Guerra Civil ha terminado y una pronta decepción se adueña de él, un desengaño fascista: no hay revolución *joseantoniana*; sólo rutina institucional, clericalismo y acomodo pícaro. Amigos y enemigos reunidos a la fuerza en un partido único que no lleva a

cabo la revolución. En esa circunstancia, empieza para él un alejamiento doloroso, un proceso de recreación de sí mismo, de reinención, de purga, un proceso muy incierto: no hay modelos en los que inspirarse; tampoco hay una revelación que te haga despertar. La epifanía se prolonga durante años, durante décadas.

En efecto, “mi posición actual”, declarará en una entrevista para *Bohemia*, en 1957, “no se ha producido en un *paso*, sino *por sus pasos*, esto es, en un proceso”. No hay “espectaculares saltos de pértiga ni algún repente parecido al del camino de Damasco”, repetirá en sus “Explicaciones” de 1961. “Muchas veces me han interrogado periodistas y otras personas curiosas, buscando la anécdota concreta, el suceso removedor, el momento de choque, la peripecia personal por los que pudiera explicarse mi cambio de actitud”, añade en ese mismo texto. “Siempre he debido decepcionarles diciéndoles la verdad: no hay anécdota que valga”, se responde. Simplemente, el individuo crece, madura, reflexiona, observa el mundo y poco a poco va abandonando sus apriorismos juveniles, unas posiciones originales poco reflexivas y muy influidas por una educación “tradicional y conformista”: un individuo

a quien deslumbra José Antonio Primo de Rivera, “un hombre sugestivo, inteligente, de gran elegancia dialéctica, gallardía y segura honradez personal, que a estas gracias añadía la de un punto de timidez delicada y deferente, enormemente atractiva”, aclara.

En el proceso de su decepción, los pasos son paulatinos, sí. Primero prueba la aventura propiamente *joseantoniana*, la División Azul como consumación del destino bélico: soldados broncos que forman el último pelotón de soldados que habrá de salvar la civilización, según había dicho José Antonio Primo de Rivera inspirándose en Oswald Spengler. Allí, en Rusia, Ridruejo cree que podrá demostrar su coraje guerrero, aquel del que algunos aún dudan. Biográficamente, dice en 1961, la campaña será para él una experiencia positiva: la vivió sin saña, admite, “incluso con una creciente afición sentimental —que muchos de mis compañeros sintieron como yo— por el pueblo y por la tierra rusa”. Pero su desmejorado cuerpo no resiste. Ha de regresar de Rusia sin que las armas le rediman. Poco a poco, con dolor y desilusión, expresa la contrariedad que el Régimen le provoca. “El resultado es catastrófico”, indica expresamente en

una carta fechada en 1942, una misiva que dirige al Jefe del Estado. “La Falange gasta estérilmente su nombre y sus consignas amparando una obra generalmente ajena y adversa, perdiendo su eficacia”. La rutina y el enfrentamiento, el desentendimiento y el rencor, son los síntomas de un desgaste que lleva a un “burocratismo inoperante”, precisa. Este burocratismo es lo contrario de lo que él soñaba, de esa “Falange hipotética” de la que él se sentía solidario: una “Falange teórica” que ve fracasar uno a uno sus ideales o planes.

En principio, los camaradas y las creencias están en el lado que se abandona. De entrada, los nuevos y eventuales amigos están en la parte contraria, en aquella de la que él fue enemigo. Pero el proceso no es tan simple: a la vez que el falangista se depura, otros también emprenden una marcha precaria y costosa hacia la democracia, gentes de su generación y universitarios de los años cincuenta también. Entre otros hay fascistas que dejaron de serlo y jóvenes comunistas que son hijos del Régimen. En ese camino o en ese destino se reencuentran. Él ya había abandonado sus quimeras ideológicas, reinventándose con moderación política, con sensatez democrática, “sin encarnar

en absoluto al converso histriónico que no es ni va a ser nunca”.

Una biografía nada convencional

Estas palabras entrecorridas son parte de un dictamen: el que escribe Jordi Gracia en *La vida rescatada de Dionisio Ridruejo*. Está publicado en la Biblioteca de la memoria, de Anagrama. No es exactamente una biografía. Al menos no lo es en un sentido convencional: es, por el contrario, un ensayo tentativo en el que se muestra la indagación del biógrafo, las implicaciones del proceso, las dificultades de la reconstrucción, las admiraciones que el personaje le despierta: “no es un precursor de la democracia; es un demócrata sin democracia y uno de sus ideólogos más lúcidos y precoces”, leo en la página 306. Es un hombre que tuvo que cargar durante toda su vida con la culpa fascista, una persona que supo rehacerse en contra de la corriente, una proeza. Su cuerpo enfermo y el sarcasmo de la historia –morirse en junio de 1975– le impiden asistir al nacimiento de la democracia española.

Gracia escribe un libro documentado sin reproducir o transcribir documentos, un ensayo que prescindir de notas y de bibliografía, con la libertad y la seguridad que dan ya las muchas obras sobre Ridruejo: esos libros y estudios críticos que el biógrafo ha publicado con antelación, textos en los que podemos rastrear la veracidad de sus inquisiciones, la correspondencia de sus afirmaciones. Hay libertad y seguridad en la escritura, cierto, y hay una evocación muy

convinciente de Ridruejo. Pero no todo son facilidades: el biógrafo exige del lector una cierta familiaridad con la época, con los personajes, con los hechos. Para guiarnos, el volumen incluye una cronobiografía muy útil. Pero antes de llegar a ella el texto se cierra propiamente con una “Nota final” que revela las deudas y agradecimientos del autor. En este apartado, el libro ha de cargar con una simpática errata: esa nota carece de punto final. Un accidente, sin duda, pero también un feliz lapsus: la biografía de Dionisio Ridruejo es, como en todas las vidas rescatadas, una tarea inconclusa, una pesquisa en parte incierta y en parte lograda. Más meritoria será esa tarea si pensamos, además, que en Ridruejo se suceden y se entrelazan la literatura y la política, el ensayo y la poesía, la generosidad y el egotismo, el contubernio y el individualismo.

Guerra y violencia

La moderación y la sensatez del antiguo falangista provocan admiración y simpatía en Jordi Gracia. También en nosotros provocan la admiración y la simpatía. Por ello le perdonamos su temprano fascismo. ¿Le perdonamos? ¿Pero con qué arrogancia podemos expresarnos? Gracia no incurre en esa actitud y no incurre porque piensa en concreto y compasivamente: no comete jactancia o generalización. Reduce el fascismo a algo personal y biográfico. De ese modo, un fenómeno colectivo empieza a aclararse. Ya lo sabemos: Ridruejo fue uno de aquellos falangistas cultos, de expresión arrebatada, de ínfulas

literarias, de vocación totalitaria, que luego se desencantaron del franquismo para finalmente hacerse demócratas. En general, como otros correligionarios suyos, también él escribió sus recuerdos sin ocultar los hechos pretéritos: *Casi unas memorias*.

En efecto, no parece que Dionisio Ridruejo mintiera en sus memorias cuando hablaba de su paso del falangismo a la democracia, proceso que se inicia bien pronto, tras su experiencia en la División Azul. Francisco Morente, uno de sus actuales biógrafos, precisa esa transición personal: este *jo-seantoniano* fue “el que antes y más a fondo la experimentó, quien más arriesgó con ella, y el que con mayor sinceridad afrontó la revisión crítica de su propio pasado”. Habiendo reconocido su falangismo fervoroso y fascista –cómo negarlo, si había sido Jefe Nacional de Propaganda–, Ridruejo tuvo que evocar también su papel en la represión: nada más estallar la Guerra Civil, justamente cuando era un joven dirigente del partido en Segovia y cuando la Falange local causaba doscientos trece asesinatos extrajudiciales. ¿Qué decir?

Ese falangismo fervoroso y fascista es un ingrediente más del proceso general de violencia del siglo xx: la pasión política altera las relaciones humanas y, en sus casos más extremos, hace fantasear con un hombre nuevo, con una sociedad homogénea, ahormada, sin conflicto: una sociedad en la que se habría eliminado lo que es extraño o tóxico o perjudicial. Esta fantasía es la base de los totalitarismos.

Desde el cirujano de hierro hasta la limpieza étnica, numerosas son las metáforas y las prácticas empleadas en el siglo xx para nombrar y justificar la violencia masiva y redentora, la muerte sistemática y superadora. Para los más extremados, la guerra no es un accidente o un medio, sino la expresión de un estado permanente que salva y depura lo sobrante.

La oposición amigo-enemigo, abordada por Carl Schmitt, será la clave de esa guerra real y metafórica en que se ha convertido la política del Novecientos. Cuando, además, el conflicto es interno, la ferocidad aún será mayor o más primitiva: realmente, *prepolítica*. Dos Estados que guerreen entre sí, disputándose territorios, son dos entidades con legitimidad jurídica. En cambio, cuando el choque se da en el interior, la destrucción del enemigo va acompañada de su deslegitimación absoluta. En un conflicto convencional o entre Estados, el oponente es aquel que debe ser empujado al interior de sus propias fronteras, como nos recuerda Schmitt. Por el contrario, en una guerra civil, al enemigo no sólo se le contiene: no se le puede expulsar al interior de sus propias fronteras. En realidad, se le destruye con intensidad, con inhumanidad: se le degrada moralmente.

Las matanzas frecuentes de las guerras civiles son la base de la *guerra total* del siglo xx, de los conflictos propiamente mundiales y civiles a la vez: una eliminación que exonera, que dispensa. Así, sin reservas ni miramientos, la esperanza última de la redención parece justificar a ejecutores, aprobado-

res o consentidores. Como indica Ridruejo en una página de las “Explicaciones” de 1961, “lo cierto es que la guerra absorbía estos escrípulos y amarguras como absorbía las reservas y temores sobre su desenlace. Con sus horrores y calamidades la guerra sólo puede definirse con la certera palabra empleada por Malraux: *L'Espoir*. Esa esperanza lo llenaba todo y emboscaba, ante la subjetividad entregada de miles o millones de hombres, las figuras del asesino, del especulador y del prepotente, atentos al cálculo”, apostilla Ridruejo.

Como emboscaba también la figura del fanático, intoxicado por el ideal venidero, por el porvenir que restituye, por esa esperanza de redención. “Las situaciones subjetivas eran innumerables y juntaban en un mismo lugar y tiempo a los sañudos vengadores de sus propias represiones, a los exaltados ilusos que pintaban la violencia del color de sus esperanzas, a los muertos de miedo, a los embriagados de entusiasmo, a los escarmentados de todo, a los que se liberaban de repente de sus hábitos y rutinas, a los héroes, a los reptiles, a los exaltados, a los humillados, amenazados y perdidos”, leemos en otra página de sus memorias.

Si esto es así, entonces deberíamos preguntarnos cuál fue su actitud, cuál fue la actitud de este importante falangista. Jordi Gracia dedica páginas muy informadas a examinar la culpa y su carga. Ridruejo no tuvo responsabilidad directa en esos crímenes, pero en las memorias condena su pasividad culpable ante una Falange

que aquí y allá “era bronca, dura, violenta”, un partido que había nacido con el escuadrismo y el choque como instrumento de intervención. “Conviví, toleré, di mi aprobación indirecta al terror con mi silencio público y mi perseverancia militante”, dijo en frase célebre: una perseverancia que también se dio entre sus correligionarios. Como ya hemos dicho, Ridruejo experimentó a lo largo de la posguerra un cambio ideológico y personal profundísimo, el que le llevó a ser un personaje incómodo para el Régimen y finalmente un demócrata. ¿Queda saldada la responsabilidad que pudo contraer como dirigente falangista con ese *mea culpa*?

La memoria personal

Aunque en las memorias reconoce su comezón moral por haber sido lo que fue, ¿calla o censura algo que no esté dispuesto a revelar? El caso de Ridruejo nos lleva nuevamente —un día sí, otro también— a interrogarnos sobre la memoria personal. Antes que nada, recordar es recordarnos con congruencia, añadir uno tras otro los hechos que nos han ido constituyendo. La garantía de su certeza es escasa, pero no tanto por la represión misma del recuerdo, sino por la *resignificación* que podemos darle, años después, a lo efectivamente ocurrido y evocado. Éste es el problema. Quien no madura permanece aferrado a una semántica infantil o juvenil; quien madura de verdad puede cambiar el sentido de las cosas sin olvidar cuál era el significado que tempranamente les dio. Si esto sucede así, entonces no retocamos

nuestro pasado ni lo hacemos perfectamente coherente. Al contrario, revelamos nuestros desencajes y confesamos el sentido distinto que lo pretérito tuvo según la edad, según la circunstancia.

Jordi Gracia nos muestra el proceso de maduración que emprende Ridruejo y nos revela lo costoso de ese autoanálisis, sin condescendencias, pero sin ser tampoco inmisericorde. Gracia es un autor que se modera cuando evalúa, que avanza con su biografiado, respetuoso con quien no sabía cómo iban a andar las cosas. ¿Salvamos a Ridruejo, pues? Si lo hacemos así, sería muy fácil: ahora precisamente, cuando la mayoría de nosotros no hemos tenido que soportar una circunstancia excepcional de horror o de abyección; cuando nuestros días son jornadas más o menos rutinarias vividas con libertad, con angustia o con incomodidad, aunque sin las graves, las radicales o las perversas decisiones que otros tuvieron que tomar, hasta envilecerse incluso. Eso no les justifica, pues hubo gente moralmente irreprochable cuando algunos se entregaban a la ignominia: en realidad, eso nos obliga a ser más reflexivos. En efecto, ¿quiénes somos nosotros para juzgar personalmente a quienes estuvieron en el infierno y fueron capaces de regresar? Hemos de evaluar desde un criterio moral (no hay aquí relativismo posible), pero, atención, revisando también nuestro propio pasado vulgar, nuestras ignominias.

El biógrafo Gracia actúa con tiento, con prudencia analítica y el lector sale de

su libro con alivio y con mayor saber: con el alivio de no haber tenido que vivir esa circunstancia por la que Ridruejo y su generación tuvieron que pasar; con el saber que nos da la experiencia vicaria y extrema tan bien contada. Al ardor juvenil de Ridruejo siguió un templado estar en el mundo: se depuró de fanatismos hasta abrazar “una especie de escepticismo melancólico frente a la política y frente a la misma historia”, se diagnostica a sí mismo en *Casi unas memorias*. Sin duda, un lenitivo frente a la pasión política y a la esperanza histórica o revolucionaria. Como le dirá a Vicent Ventura en una carta fechada el 19 de febrero de 1964, “me sorprende tu alergia a la palabra *reformista*. Es una palabra que me gusta tanto”, añade. “Me parece que tu menosprecio de ella viene de una falta de reflexión sincera: se es revolucionario y es claro lo que el término indica (totalización, dicho en términos de dialéctica), se es conservador (mantener con todas las concesiones que se quiera el encuadramiento social dado) o se es reformista. Yo no soy revolucionario (imagino que tú tampoco: pregúntatelo) porque no quiero ni poner a cero el punto de partida del proceso, ni reconocer una clase-mesías, ni admitir el autoritarismo constituyente, ni condescender con el terror. No soy conservador. Si excluyendo esos términos puedes explicarme cómo puedo no ser reformista te lo agradeceré. Ser reformista consiste en no postular la destrucción de los elementos sociales que se oponen y trabajar para que el más pro-

gresivo imponga sus previsiones mediante un sistema de prelación calculado con realismo teniendo en cuenta la resistencia del adversario. Significa la renuncia a una victoria total, totalizadora –por necesidad– totalitaria. No me asusta la cantidad de reforma que se proponga (siempre habrá al fondo la utopía estimulante de la igualdad y la comunidad totales, si de reformismo democrático se trata) pero queda siempre la condición de la conquista gradual expresada en medidas concretas y positivas, esto es, realizables (...). Yo no estoy dispuesto a pensar la política por la moda de los jovencitos que, si a mano viene, volverán a hacerse fascistas pasado mañana. Estoy, pues, en reformista decidido, social-demócrata-europeísta; en una izquierda sin retórica y sin superstición, muy liberal de base”. Punto final. Ése es el punto final.

Del falangismo a la democracia

Los falangistas habían nacido en un país que no había hecho la Gran Guerra, experiencia bélica determinante entre los fascistas italianos y los nazis alemanes. Ahora bien, que Falange apareciera en otro contexto muy distinto no impidió que los fundadores se forjaran su propia realidad, una poesía entre cursi y grandilocuente que añoraba la Hispanidad, un Imperio a restaurar... Admiraron el coraje de sus colegas italianos, aquellos fascistas uniformados, su escuadrismo, la dialéctica de los puños y las pistolas, la retórica arrebatadora que exalta y que empuja, que eleva y que lleva más allá de

la vida muelle del burgués. “José Antonio”, decía Manuel Penella en *La Falange Teórica*, “disfrutaba con el trato de estos escritores” españoles, castellanos viejos, muchos de ellos, que él consiguió atraer a su causa. Como el Dionisio Ridruejo poeta, ensayista y creador. ¿Por qué razón buscaba esa proximidad? “Porque, a diferencia de su padre”, precisa, José Antonio “quería sentirse arropado por *los intelectuales*”, añade Penella. Y Ridruejo era un intelectual operativo, un propagandista, un orador.

Sin embargo, aunque uniformados y ataviados con correajes y símbolos militares, los falangistas del año 33 no venían de una guerra; y aunque eran jóvenes la mayoría de ellos no disponían de titulación universitaria: como mucho eran estudiantes en formación que envidiaban a los escuadristas italianos cuando éstos cantaban *Giovinezza* o exaltaban el cuerpo y el deporte al modo de la cultura precristiana. Sin embargo, muchos de esos falangistas solían ser creyentes, incluso beatos. “Era yo –y lo soy aún– hombre serenamente religioso y liberalmente creyente, sin muchas inclinaciones místicas y con la punta de anticlericalismo que lleva consigo todo español que no cojea del pie contrario”, admite Ridruejo en sus “Explicaciones” de 1961. Esa limitación –el ser fervientes católicos, a su manera– les salvó de la fiebre más exaltada y, desde luego, su acomodación o su frustración les impidieron construir exactamente el Estado totalitario o el Imperio como el que habían soñado con su retórica

enardecida, cuando creían reproducir la poesía exasperada del primer fascismo.

Dionisio Ridruejo es el mejor ejemplo de esta epifanía lenta. Primero tendríamos “la figura de un participante pleno y entusiasta en la guerra civil, por el lado franquista; de un falangista ortodoxo con pujos de definidor; de un fascista genérico de los que no dejaban de ilusionarse con la célebre síntesis tradicional-revolucionaria y con las perspectivas de una joven Europa, heroica, voluntarista y ordenadora del mundo”, según confiesa en sus “Explicaciones” de 1961. Después tendríamos “la figura de un hombre que somete la guerra civil a juicio severo, que denuncia la insuficiencia teórica y la duplicidad práctica del falangismo, que reduce el fascismo a un catastrófico expediente de apuro y que sólo en la afirmación de una Democracia, concebida como proceso de autorrealización, pone su esperanza para resolver los problemas de sus país y los de la humanidad en una buena parte del mundo”, según precisa también en 1961. ¿Poca cosa? Ridruejo es el mejor ejemplo de una conversión a la democracia liberal, sin exasperaciones histriónicas, sin esos aspavientos que denunciaba Jordi Gracia. En un contexto de Guerra Fría, en una circunstancia en la que el anticomunismo era el fiel, saber mantener la cordura y la mesura políticas fue determinante. Aunque sólo fuera por ello, deberíamos estarle agradecidos quienes ahora podemos vivir cómodamente instalados en una democracia real y aceptable. En

páginas que hacemos nuestras, que relatan nuestro pasado, Jordi Gracia ha sabido mostrarlo y examinarlo con pasión y con piedad. ■

Referencias Bibliográficas

FRANCO SALGADO-ARAUJO, FRANCISCO, *Mis conversaciones privadas con Franco*. Planeta, Barcelona, 2005.

GRACIA, JORDI *La vida rescatada de Dionisio Ridruejo*. Anagrama, Barcelona, 2008.

GRACIA, JORDI (ed.), *El valor de la disidencia. Epistolario inédito de Dionisio Ridruejo. 1933-1975*. Planeta, Barcelona, 2007.

MORENTE, FRANCISCO, *Dionisio Ridruejo. Del fascismo al antifranquismo*. Síntesis, Madrid, 2006.

RIDRUEJO, DIONISIO *Escrito en España* (con “Explicaciones”, 1961). Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, 2008. Ed. de Jordi Gracia.

RIDRUEJO, DIONISIO, *Casi unas memorias* (con “Explicaciones”, 1961). Península, Barcelona, 2007. Ed. de Jordi Amat.

SAZ, ISMAEL, *España contra España. Los nacionalismos franquistas*. Marcial Pons, Madrid, 2003.

SCHMITT, CARL, *El concepto de lo político*. Alianza ed., Madrid, 2002.

SERNA, JUSTO, “Guerra, civilización y barbarie. De Norbert Elias a Sigmund Freud”, en Sánchez Durá, Nicolás (ed.), *La Guerra*. Valencia, Pre-textos, 2006, págs. 135-159.

Justo Serna es profesor de Historia Contemporánea en la Universidad de Valencia.